mas consecuencia que los de la eternidad?

No te escuses de ninguna manera con que no sabes meditar. Eres capaz de reflexionar sobre mil objetos de pura curiosidad; y cuando se trata de pensar en los grandes objetos de la fe y de la eternidad, ¿pretestas no saber hacerlo?

Solo mirando con la indiferencia mas criminal las cosas de Dios y las de tu salvacion, puedes despreciar este medio poderoso de santificarte.

Hijo mio: si quieres tener siempre tu vida bien arreglada, tómate cada dia un poco de tiempo para examinar delante de Dios si te portas con él como debes.

Si deseas no hallarte sorprendido en la hora de la muerte, aprende todas las horas á morir bien.

Un cuarto de hora que te ocupes todos los dias en meditar al pié de los altares, ó de un Crucifijo, sobre las grandezas de Dios, sobre sus misericordias, sus amenazas, y sobre sus promesas, te hará adquirir una ciencia infinitamente superior á la de aquellos sabios en cuyas obras se aprende todo, ménos la ciencia de salvarse.

¿De qué sirve al hombre haber adornado

su entendimiento de todos los conocimientos útiles y honrosos, segun el mundo, si no tiene los que tuvieron los santos, y que los hicieron ser santos?

El deseo de ser virtuoso, no es bastante para llegar á serlo: es, pues, necesario, estudiar los medios y tomar las medidas convenientes.

Pide continuamente á Jesus la gracia de vencer tu tibieza en un ejercicio, del cual no procura el demonio retirarte, sino porque sabe que es de una grande importancia el practicarle.

No solamente conseguirás por este medio las mas grandes ventajas en tu propia conducta, sino tambien para la de aquellas personas que están mas particularmente confiadas á tu cuidado.

CAPITULO V.

De la observancia de la ley de Dios.

María concibió por obra del Espíritu Santo: llegó á ser Madre sin dejar de ser Virgen: el nacimiento de su Hijo no sirvió sino para hacerla mas pura; y por lo mismo la ley de

la purificacion no debia entenderse con ella.

No obstante, por mas que no fuese comprendida en la ley, quiso observarla, y la observa con tanta regularidad y exactitud, que no omite la menor circunstancia.

El ejemplo de Jesus, que habia querido sujetarse á la ley de la circuncision, no le permite usar de su privilegio.

Por otra parte, la ley no esceptúa á nadie; y así María obedece sin dilacion y sin tardanza.

Parecia que presentando á su Hijo en el Templo, segun la ley, le confundia entre los demas hijos de los hombres.

Pero la ley dice, que las madres ofrezcan á Dios, en el Templo, sus hijos primogénitos, y esto basta. El Padre celestial manifestará, cuando lo juzgue á propósito, la gloria de Jesus. María no piensa sino en obedecer.

Ejemplo bien capaz de confundir nuestra cobardía, cuando se trata de obedecer á la ley de Dios, y de los vanos pretestos que buscamos y alegamos para dispensarnos de una pronta y exacta obediencia.

Es cosa bien extraña que se rehuse el Ser Supremo la sumision que so exige de aquellos que tiene bajo su dependencia.

Siendo, como no eres, otra cosa que polvo y ceniza ¿te atreverás á decir al mas grande de todos los señores, al mismo Dios, que no puedes obedecer; que su ley exige demasiado de tu flaqueza? ¡Oh, qué atrevimiento! ¡qué temeridad!

¡Oh vergüenza! te parece muy pesado el yugo del Señor, sin embargo de que él mismo nos asegura que es *suave y ligero;* y se prefiere á él el del mundo, siendo, como es éste, tan pesado y tan cruel.

Se da al mundo para obedecerle lo mas precioso que los hombres tienen: la flor de los años, la vivacidad del entendimiento, la ternura del corazon, y la actividad de las fuerzas y de los talentos. Pero al Señor se le destina un tiempo para mas adelante, en que dicen que se obedecerá á su voluntad.

Es decir, que se reservan para Dios las heces de los años, las sobras de los sentimientos; en una palabra, todo aquello de que el mundo no hará ya caso.

Se ve todos los dias que los hombres por agradar al mundo, se sujetan ciegamente á sus caprichos, á sus diversiones galantes; y cuando se trata de agradar á Dios, á este Señor tan amable, por medio de una ciega obe-

diencia á sus leyes, se tiene por dura la sujecion, ó á lo ménos, se procuran buscar razones para sacudir el yugo.

Si os consultais á vosotros mismos, y si escuchais al mundo ántes que os determineis á rendir á Dios la obediencia que se le debe, estad seguros de que no lo obedeceréis, ó de que lo haréis con limitacion, porque la ley de Dios es opuesta á vuestras inclinaciones y á las leyes del mundo.

No debe consultarse á la carne ni á la sangre en lo que interesa á la ley de Dios: la naturaleza nos escita siempre á la relajacion y el mundo á la inobediencia.

¡Oh Señor soberano! que sois el único que teneis derecho para querer, sin que os podamos pedir cuenta de vuestra voluntad: *abrid mi corazon á vuestra ley* (1).

Vuestras palabras son la misma justicia y equidad (2): *haced que caigan sobre mi corazon como un dulce rocío* (3).

Vuestro profeta nos dice en uno de sus cánticos (4): *que una paz abundante es el patrimonio de los que aman y observan vuestra*

(1) II Math. I, 4.—(2) Ps. CXVIII, 142.—(3) Deut. XXXII, 2.—(4) Ps. CXVIII et seq.

ley; que ésta es la que comunica la sabiduría á los humildes; la que conduce á la verdadera felicidad; la que destierra la tristeza de los corazones, y la que disipa las tinieblas del entendimiento.

Que es mas digna de estimacion que el oro y las piedras preciosas, y que escede en suavidad á la dulzura de la miel.

Yo me empeño, Señor, de nuevo, en no separarme jamas de su cumplimiento. Dignaos, pues, afirmarme en mi resolucion.

Me propongo observar vuestra ley hasta el último instante de mi vida: será para mí como una rica herencia que quiero conservar con el mayor cuidado; y desde hoy en adelante será siempre para mí el objeto de mi alegría.

CAPITULO VI.

Del buen ejemplo.

Observa María la ley de la purificacion para no dar motivo de escándalo á los judíos que ignoraban quién era esta Vírgen.

La observa tambien para dar á su esposo José el ejemplo de una obediencia ciega y

generosa, como asimismo á los demas á quienes Dios instruye como á él del misterio.

No omitas, pues, una accion, aunque no estés obligado á practicarla, si su omision puede escandalizar.

Es necesario dejar algunas veces las dulzuras de la contemplacion, y hacerlo aun con cierta libertad, porque esto es dejar á Dios por Dios.

El que ama á Dios, procura ganar corazones para él; pero el mejor medio de ganarlos es el de enseñar á los otros con el buen ejemplo cómo se le ha de amar.

Las exhortaciones á la virtud, no hay duda que le dan mucha estimacion; pero cuando se junta la práctica á la exhortacion, se la persuade mucho mejor: el ejemplo de los santos ha sido causa de que lo sean otros muchos.

Las acciones de virtud que practicaban los apóstoles y los primeros fieles, no eran ménos poderosas sobre muchos espíritus que sus discursos y milagros.

¡Oh, cuán pocos cristianos se encuentran en el dia que sean por su buen ejemplo el *buen olor de Jesucristo!*

No parece que se frecuentan los hombres

sino para contribuir mutuamente á su reprobacion por el mal ejemplo que se dan.

Si quieres condenarte, condénate tú solo, y no hagas perecer contigo á un *hermano tuyo, flaco y miserable, por quien ha muerto Jesucristo* (1).

¡Qué delito no es el robar á tu prójimo los bienes de la tierra! ¿Pues cuán grande no lo será robarle los bienes de la eternidad? Esto es propiamente ser el emisario y el instrumento de los demonios.

Todos debemos dar buen ejemplo, y especialmente aquellos que tienen alguna autoridad ó mando sobre los demas, porque éstos comunmente se conforman con su conducta.

A los grandes comprende tambien muy particularmente esta obligacion. Si no respetan las leyes de Dios y de su iglesia, tienen bien presto imitadores, porque se mira entónces como glorioso el seguir tales modelos.

¿Serán acaso mas grandes que María, que como Madre de Dios tenia todos los títulos de grandeza que puede tener despues de Dios una pura criatura?

---

(1) I Cor. VIII, 11.

Aprendan, pues, de esta Vírgen, Madre de un Dios, á servirse de la alta dignidad en que están, para mayor honra y gloria de Dios, que es quien los ha colocado en ella.

¿Es, por ventura, la grandeza, algun título que da derecho, para ser ménos cristiano?

La mayor elevacion, si se aprecia como debe, no es otra cosa que una obligacion mas grande.

CAPITULO VII.

Del amor y precio de las humillaciones.

¡Qué prueba tan grande de humildad, oh Dios mio, nos da vuestra Santa Madre, observando la ley de la purificacion! Ley que no habia sido hecha sino para las madres ordinarias.

La gloria de aquella virginidad de la cual era tan celosa, cuando le anunció el ángel el misterio de vuestra Encarnacion, fué de alguna manera oscurecida por esta ceremonia religiosa.

Pero no ignoraba que vendria el tiempo en que os veria en el mayor abatimiento, y lleno de oprobios; y se tiene por muy dichosa de poder seros en esto semejante.

Cuanto mas vos la habíais distinguido entre las demas mugeres, mas se complacia en confundirse, y en ocultar sus prerogativas.

Una alma que no busca ni desea, como María, sino agradar á Dios, hace poco caso de la estimacion de los hombres, y es poco sensible á sus obsequios.

Prefiere, como se esplica un profeta, el *abatimiento de la casa de su Dios*, á toda la pompa y resplandor que rodea á los hijos del siglo.

La virtud se encuentra mas segura en un estado humilde y abatido, que en el seno de los honores y de las distinciones.

Si está oscura y oculta á los ojos de los hombres, por eso es mucho mas brillante á los ojos de Dios.

La verdadera virtud no pretende otra cosa que atraerse las atenciones de Dios. Aunque sea poco conocida, y aun despreciada, nada importa, entónces es cuando se juzga mas dichosa.

La Providencia, que vela sobre los justos, los conduce muchas veces por el camino de las humillaciones al término del mérito y de la gloria.

El amor propio es verdad que sufre cuan-

do se ve humillado, pero entónces es la humillacion mas saludable.

Los santos daban á Dios muchas gracias por los oprobios que padecian, como por un particular beneficio.

Si yo no tengo los mismos sentimientos, es porque aun soy un hombre todo terreno y carnal, y porque no busco á Dios.

Muchos santos ha habido que pedian á Dios grandes humillaciones: tan grande era el deseo que tenian de su perfeccion.

Si no me siento con el mismo valor, debo á lo ménos recibir con sumision las que él me envía para mi bien, sin que yo se las pida.

Quizá glorificaré á Dios mas por una humillacion sufrida con toda la resignacion que debo tener á su voluntad, que por los dones mas sublimes.

El Hijo de Dios se ha humillado *hasta anonadarse*, como dice el apóstol, y ve aquí el modelo que todos los hombres deben imitar.

Tener horror á las humillaciones, es tenerla igualmente á la semejanza que debemos tener con Jesucristo.

Si Dios me las multiplica, es porque quiere perfeccionar en mí la *imágen de su Hijo*.

Se debe recibir una humillacion con el

mismo placer y reconocimiento que se tendria, si se recibiese un pedazo de la verdadera cruz en que murió Jesucristo.

CAPITULO VIII.

Cómo debemos hacer á Dios los sacrificios que nos pide.

Siervo. La ofrenda que las madres hacian á Dios en su templo de sus hijos primogénitos, les era poco costosa. Pero la que vos, oh Vírgen Santa, hicísteis de Jesus, os sirvió de un verdadero sacrificio.

Sabíais que debia algun dia dar su vida por la salud de los hombres, y por esto le ofreceis ya entónces como víctima.

Bajo de esta calidad fué propiamente como vos le ofrecísteis, así como él se ofreció á sí mismo á su Eterno Padre.

Este sacrificio fué como el primer momento de todo cuando tuvísteis que sufrir hasta el último suspiro de la vida de Jesus.

Vuestra alma comenzó entónces á ser traspasada *con aquel cuchillo de dolor* (1) de

(1) Luc. II, 36.

que habla Simeon, teniendo á Jesus entre sus brazos.

Las madres de la tierra no hay duda que aman á sus hijos; pero no consagran á ellos todos sus afectos. ¿Cuántos no reservan para la vanidad? ¿cuántos para ellas mismas? pero vos, Madre mia, amábais á Jesus, le amábais de todo vuestro corazon, y no amábais otra cosa que á él.

Era vuestro Hijo único, y comenzábais entónces á gustar la dulzura de ser Madre, y Madre de un tal Hijo.

Pero sin embargo, llega el dia de ir á ofrecerle á su Padre, *y vais sin la menor detencion* (1).

¡Oh digna hija de Abrahan y heredera de su fe! Sofocais, dentro de vuestro corazon, todos los sentimientos naturales, para no escuchar sino la voz de Dios, que os pide el sacrificio de lo que teneis mas querido en el mundo.

María. Hijo mio: sé firme y generoso, así como yo lo fuí, cuando Dios te pide alguna cosa, de cualquiera naturaleza que sea.

¡Ay de mí! El Señor quiso que le sacrificase lo mas querido que yo tenia, y tan justamente amaba; pero ¿qué sacrificio es el que exige de tí, sino de aquello mismo que tú debieras aborrecer?

(1) Luc. II, 22.

Si amas á Dios, la generosidad debe ser el principal carácter de tu amor. Un corazon estrecho y limitado no sabe lo que es amar.

¿Será, por ventura, amor, no querer emprender nada por Dios, y desanimarse á vista de las dificultades que hay que vencer?

El amor verdadero se señala en el dolor y en los combates. La delicadeza no se aviene bien con los sentimientos que debe tener el que hace profesion de ser discípulo de Jesus.

¿Quieres hacer sacrificios agradables al Señor? Pues hazlos prontamente, y sin examinar lo que te cuesta el hacerlos.

El mundo exige de sus seguidores los sacrificios mas duros; pero no obstante, basta que él los pida para hacérselos pronta y enteramente. ¿Y Dios será el único Señor á quien nada se le ha de sacrificar, sin examinar primero si pide demasiado?

¡Oh hijo mio! cree que ama poco á su Dios el que pone límites á los testimonios de amor que le debe dar.

¿Quién osará presentar al mundo, sin embargo de que no se gobierna sino por capricho, y que no ama sino por interes, un corazon tal como el que la mayor parte de los cristianos se atreven á ofrecer á Dios?

Un hijo que no hace sino aquello precisamente que su padre le ordena, y una esposa que no cuida de agradar á su esposo sino en aquello que nada absolutamente le cuesta, ¿dan acaso alguna prueba de una amistad sincera, ni puede decirse con verdad que éstos aman?

Dios es infinitamente bueno con todas sus criaturas; pero tambien es al mismo tiempo un *Dios celoso*.

No se le sirve como él quiere ni como merece, si no se hace con un *corazon sometido enteramente á su voluntad* (1).

Avergüénzate de ser tan cobarde en su servicio. Y cúbrete de confusion al ver lo poco que haces por él, despues que este Dios ha hecho tanto por tí.

Te parece muchas veces que sus preceptos son dificiles de ejecutar. ¡Pero ah! hijo

(1) Coloss. IV, 12.

mio; si es así, no es por otro motivo sino porque quiere que merezcas sus recompensas.

Fortuna, quietud, reputacion, salud, y aun la misma vida, todo pudiera pedírtelo, porque tiene derecho para todo.

Tampoco debes estrañar si, conforme vas dando á Dios lo que te pide, este Señor te pide cada vez mas. Obra Dios de este modo, porque quiere disponerte para recibir en este mundo grandes favores, y hacer que merezcas las mas grandes recompensas en el cielo.

CAPITULO IX.

De las disposiciones con que debemos mirar los males de que estamos amenazados.

María. ¿Cuál es, hijo mio, la causa de las lágrimas que derramas, y de los suspiros que das al cielo?

Siervo. ¡Ay de mí! ¡Reina de los santos! que cuando comenzaba á disfrutar de alguna tranquilidad, me encuentro de repente rodeado de nuevas inquietudes.

La injusticia, la calumnia, la ingratitud, forman contra mí nuevos proyectos. ¡Madre